

Tomás de Iriarte



EL ELEFANTE Y OTROS ANIMALES TOMÁS DE IRIARTE

Tomás de Iriarte

El elefante y otros animales



Tomás de Iriarte

Nació en Puerto de la Cruz, España, el 18 de setiembre de 1750. Fue dramaturgo, fabulista, traductor y poeta de la Ilustración.

Tuvo estudios en Literatura castellana y logró ser traductor oficial de la Secretaría de Estado español y archivero del Consejo Supremo de Guerra. Se inició en la Literatura con la traducción de *El arte poética* de Horacio (1777), *La música* (1779) —donde propone el idioma general de las pasiones. Escribió también las comedias *La señorita mal criada* (1788), *El señorito mimado* (1790), *Guzmán el Bueno* (1791) —donde introduce el monólogo dramático con acompañamiento de orquesta—, mas siempre será reconocido por sus *Fábulas literarias* (1782), donde se reivindicó como el primer español que introdujo la especie, lo que motivó una contienda con su ex amigo Félix María de Samaniego.

Murió en Madrid, España, el 17 de setiembre de 1791.

El elefante y otros animales
Tomás de Iriarte

Juan Pablo de la Guerra de Urioste
Gerente de Educación y Deportes

Christopher Zecevich Arriaga
Subgerente de Educación

Doris Renata Teodori de la Puente
Asesora de Educación

María Celeste del Rocío Asurza Matos
Jefa del programa Lima Lee

Editor del programa Lima Lee: José Miguel Juárez Zevallos
Selección de textos: Jerson Lenny Cervantes Leon
Corrección de estilo: Manuel Alexander Suyo Martínez
Diagramación: Leonardo Enrique Collas Alegría
Concepto de portada: Melissa Pérez García

Editado por la Municipalidad de Lima

Jirón de la Unión 300, Lima

www.munlima.gob.pe

Lima, 2020

Presentación

La Municipalidad de Lima, a través del programa Lima Lee, apunta a generar múltiples puentes para que el ciudadano acceda al libro y establezca, a partir de ello, una fructífera relación con el conocimiento, con la creatividad, con los valores y con el saber en general, que lo haga aún más sensible al rol que tiene con su entorno y con la sociedad.

La democratización del libro y lectura son temas primordiales de esta gestión municipal; con ello buscamos, en principio, confrontar las conocidas brechas que separan al potencial lector de la biblioteca física o virtual. Los tiempos actuales nos plantean nuevos retos, que estamos enfrentando hoy mismo como país, pero también oportunidades para lograr ese acercamiento anhelado con el libro que nos lleve a desterrar los bajísimos niveles de lectura que tiene nuestro país.

La pandemia del denominado COVID-19 nos plantea una reformulación de nuestros hábitos, pero, también, una revaloración de la vida misma como espacio de

interacción social y desarrollo personal; y la cultura de la mano con el libro y la lectura deben estar en esa agenda que tenemos todos en el futuro más cercano.

En ese sentido, en la línea editorial del programa, se elaboró la colección Lima Lee, títulos con contenido amigable y cálido que permiten el encuentro con el conocimiento. Estos libros reúnen la literatura de autores peruanos y escritores universales.

El programa Lima Lee de la Municipalidad de Lima tiene el agrado de entregar estas publicaciones a los vecinos de la ciudad con la finalidad de fomentar ese maravilloso y gratificante encuentro con el libro y la buena lectura que nos hemos propuesto impulsar firmemente en el marco del Bicentenario de la Independencia del Perú.

Jorge Muñoz Wells
Alcalde de Lima

EL ELEFANTE Y OTROS ANIMALES

EL ELEFANTE Y OTROS ANIMALES

Allá en tiempo de entonces,
y en tierras muy remotas,
cuando hablaban los brutos
su cierta jerigonza,
notó el sabio elefante
que entre ellos era moda
incurrir en abusos
dignos de gran reforma.
Afeárselos quiere,
y a este fin los convoca.
Hace una reverencia
a todos con la trompa,
y empieza a persuadirlos
en una arenga docta
que para aquel intento
estudió de memoria.
Abominando estuvo
por más de un cuarto de hora
mil ridículas faltas,
mil costumbres viciosas:
la nociva pereza,

la afectada bambolla,
la arrogante ignorancia,
la envidia maliciosa.

Gustosos en extremo,
y abriendo tanta boca,
sus consejos oían
muchos de aquella tropa,
el cordero inocente,
la siempre fiel paloma
el leal perdiguero,
la abeja artificiosa,
el caballo obediente,
la hormiga afanadora,
el hábil jilguerillo,
la simple mariposa.

Pero del auditorio
otra porción no corta,
ofendida, no pudo
sufrir tanta parola.
El tigre, el rapaz lobo,
contra el censor se enojan.
¡Qué de injurias vomita

la sierpe venenosa!
Murmuran por lo bajo,
zumbando en voces roncas,
el zángano, la avispa,
el tábano y la mosca.
Salió del concurso
para no escuchar sus glorias,
el cigarrón dañino
la oruga y la langosta.
La garduña se encoge,
disimula la zorra,
y el insolente mono
hace de todos mofa.

Estaba el elefante
viéndolo con pachorra,
y su razonamiento
concluyó en esta forma:
«A todos y a ninguno
mis advertencias tocan:
quien las siente, se culpa:
el que no, que las oiga».

Quien mis FÁBULAS lea,
sepa también que todas
hablan a mil naciones,
no solo a la española.
Ni de estos tiempos hablan,
porque defectos notan
que hubo en el mundo siempre,
como los hay ahora.
Y pues no vituperan
señaladas personas,
quien haga aplicaciones,
con su pan se lo coma.

Ningún particular debe ofenderse
de lo que se dice en común.

EL OSO, LA MONA Y EL CERDO

Un oso, con que la vida
ganaba un piamontés,
la no muy bien aprendida
danza, ensayaba en dos pies.

Queriendo hacer de persona,
dijo a una mona: «¿Qué tal?»
Era perita la mona,
y le respondió: «Muy mal».

Yo creo, replicó el oso,
que me haces poco favor.
¡Pues qué! ¿Mi aire no es garboso?
¿No hago el paso con primor?

Estaba el cerdo presente,
y dijo: «¡Bravo! ¡Bien va!
Bailarín más excelente
no se ha visto ni verá».

Echó el oso, al oír esto,
sus cuentas allá entre sí,
y con ademán modesto
hubo de exclamar así:

«Cuando me desaprobaba
la mona, llegué a dudar:
mas ya que el cerdo me alaba,
muy mal debo de bailar».

Guarde para su regalo
esta sentencia un autor:
si el sabio no aprueba, malo;
si el necio aplaude, peor.

Nunca una obra se acredita tanto de mala,
como cuando la aplauden los necios.

LA ABEJA Y LOS ZÁNGANOS

A tratar de un gravísimo negocio
se juntaron los zánganos un día.
Cada cual varios medios discurría
para disimular su inútil ocio;
y por librarse de tan fea nota
a vista de los otros animales,
aun el más perezoso y más idiota
quería, bien o mal, hacer panales.
Más como el trabajar les era duro,
y el enjambre inexperto
no estaba muy seguro
de rematar la empresa con acierto,
intentaron salir de aquel apuro
con acudir a una colmena vieja
y sacar el cadáver de una abeja
muy hábil en su tiempo y laboriosa:
hacerla con la pompa más honrosa
unas grandes exequias funerales,
y susurrar elogios inmortales
de lo ingeniosa que era
en labrar dulce miel y blanca cera.

Con esto se alababan tan ufanos,
que una abeja les dijo por despique:
«¿No trabajáis más que eso? Pues hermanos,
jamás equivaldrá vuestro zumbido
a una gota de miel que yo fabrique».

¡Cuántos pasar por sabios han querido,
con citar a los muertos que lo han sido!
¡Y qué pomposamente que los citan!
Mas pregunto yo ahora: ¿Los imitan?

Fácilmente se luce con citar y elogiar
a los hombres grandes de la antigüedad:
el mérito está en imitarlos.

EL GUSANO DE SEDA Y LA ARAÑA

Trabajando un gusano su capullo,
la araña, que tejía a toda prisa,
de esta suerte le habló con falsa risa,
muy propia de su orgullo:
«¿Qué dice de mi tela el señor gusano?
Esta mañana la empecé temprano,
y ya estará acabada al mediodía.
¡Mire qué sutil es, mire qué bella!...».
El gusano con sorna respondía:
«Usted tiene razón; así sale ella».

Se ha de considerar la calidad de la obra
y no el tiempo que se ha tardado en hacerla.

LA CAMPANA Y EL ESQUILÓN

En cierta catedral una campana había,
que solo se tocaba algún solemne día.
Con el más recio son, con pausado compás
cuatro golpes o tres solía dar no más.
Por esto, y ser mayor de la ordinaria marca,
celebrada fue siempre en toda la comarca.

Tenía la ciudad en su jurisdicción
una aldea infeliz, de corta población,
siendo su parroquial una pobre iglesita
con chico campanario, a modo de una ermita,
y un rajado esquilón pendiente en medio de él,
era allí el que hacía el principal papel.

A fin de que imitase aqueste campanario
al de la catedral, dispuso el vecindario
que despacio y muy poco el dicho esquilón
se hubiese de tocar en tal cual función;
y pudo aquello tanto en la gente aldeana,
que el esquilón pasó por una gran campana.

Muy verosímil es; pues que la gravedad
suple en muchos así por la capacidad;
dígnanse rara vez de despegar sus labios,
y piensan que con esto imitan a los sabios.

Con hablar poco y gravemente,
logran muchos opinión de hombres grandes.

EL BURRO FLAUTISTA

Esta fabulilla,
salga bien o mal,
me ha ocurrido ahora
por casualidad.

Cerca de unos prados
que hay en mi lugar,
pasaba un borrico
por casualidad.

Una flauta en ellos
halló, que un zagal
se dejó olvidada
por casualidad.

Acercose a olerla
el dicho animal;
y dio un resoplido
por casualidad.

En la flauta el aire
se hubo de colar,

y sonó la flauta
por casualidad.

¡Oh! dijo el borrico:
¡Qué bien sé tocar!
¿Y dirán que es mala
la música asnal?

Sin reglas del arte
borriquitos hay,
que una vez aciertan
por casualidad.

Sin reglas del arte, el que en algo acierta
es por casualidad.

LA HORMIGA Y LA PULGA

Tienen algunos un gracioso modo
de aparentar que se lo saben todo:
pues cuando oyen o ven cualquiera cosa,
por más nueva que sea y primorosa,
muy trivial y muy fácil la suponen,
y a tener que alabarla no se exponen.
Esta casta de gente
no se me ha de escapar, por vida mía,
sin que lleve su fábula corriente,
aunque gaste en hacerla todo un día.

A la pulga la hormiga refería
lo mucho que se afana,
y con qué industrias el sustento gana;
de qué suerte fabrica el hormiguero;
cuál es la habitación, cuál el granero,
cómo el grano acarrea,
repartiendo entre todas la tarea;

con otras menudencias muy curiosas,
que pudieran pasar por fabulosas,
sí diarias experiencias
no las acrediten de evidencias.

A todas sus razones
contestaba la pulga, no diciendo
más que éstas u otras tales expresiones:
«Pues... ya... sí... se supone... bien... lo entiendo...
ya lo decía yo... sin duda... es claro;
ya ves que en eso no hay nada de raro».

La hormiga, que salió de sus casillas
al oír estas vanas respuestillas,
dijo a la pulga: «Amiga, pues yo quiero
que venga usted conmigo al hormiguero,
ya que con ese tono de maestra
todo lo facilita y da por hecho,
siquiera para muestra
ayúdenos en algo de provecho».
La pulga, dando un brinco muy ligera,
respondió con grandísimo desuello:
«¡Miren qué friolera!
¿Y tanto piensas que me costaría?

Todo es ponerse a ello...
Pero... Tengo que hacer... Hasta otro día».

Para no alabar las obras buenas,
algunos las suponen de fácil ejecución.

LOS HUEVOS

Más allá de las islas Filipinas
hay una, que ni sé cómo se llama,
ni me importa saberlo; donde es fama
que jamás hubo casta de gallinas
hasta que allá un viajero
llevó por accidente un gallinero.
Al fin tal fue la cría, que ya el plato
más común y barato
era de huevos frescos; pero todos
los pasaban por agua (que el viajante
no enseñó a componerlos de otros modos).

Luego de aquella tierra un habitante
introdujo el comerlos estrellados.
¡Oh qué elogios se oyeron a porfía
de su rara y fecunda fantasía!
Otro discurre hacerlos escalfados.
¡Pensamiento feliz! Otro rellenos...
¡Ahora sí que están los huevos buenos!
Uno después inventa la tortilla,
y todos claman ya: ¡Qué maravilla!

No bien se pasó un año,
cuando otro dijo: «Sois unos petates:
yo los haré revueltos con tomates».
Y aquel guiso de huevos tan extraño,
con que toda la isla se alborota,
hubiera estado largo tiempo en uso,
a no ser porque luego los compuso
un famoso extranjero a la Hugonota.

Esto hicieron diversos cocineros;
pero ¡Qué condimentos delicados
no añadieron después los reposteros!
Moles, dobles, hilados,
en caramelo, en leche,
en sorbete, en compota, en escabeche.

Al cabo todos eran inventores,
y los últimos huevos los mejores.
Más un prudente anciano
les dijo un día: «Presumís en vano
de esas composiciones peregrinas.
¡Gracias al que nos trajo las gallinas!

Tantos autores nuevos
¿No se pudieran ir a guisar huevos
más allá de las islas Filipinas?

No falta quien quiera pasar por autor original
cuando no hace más que repetir, con corta diferencia,
lo que otros muchos han dicho.

EL PATO Y LA SERPIENTE

A orillas de un estanque
diciendo estaba un pato:
«¿A qué animal dio el cielo
los dones que me ha dado?

Soy de agua, tierra y aire.
Cuando de andar me canso,
si se me antoja, vuelo,
si se me antoja, nado».

Una serpiente astuta,
que le estaba escuchando,
le llamó con un silbo,
y le dijo: «Ser guapo,
no hay que echar tantas plantas;
pues ni anda como el gamo,
ni vuela como el sacre,
ni nada como el barbo.

Y así tenga sabido
que lo importante y raro

no es entender de todo,
sino ser diestro en algo».

Más vale saber una cosa bien, que muchas mal.

EL MANGUITO, EL ABANICO Y EL QUITASOL

Si querer entender de todo
es ridícula presunción,
servir solo para una cosa
suele ser falta no menor.

Sobre una mesa cierto día
dando estaba conversación
a un abanico y a un manguito
un paraguas o quitasol;
y en la lengua que en otro tiempo
con la olla el caldero habló,
a sus compañeros dijo:
«¡Oh, qué buenas alhajas sois!
Tú, manguito, en invierno sirves;
en verano vas a un rincón:
tú, abanico, eres mueble inútil
cuando el frío sigue al calor.
No sabéis salir de un oficio,

aprended de mí, pese a vos,
que en el invierno soy paraguas,
y en el verano quitasol».

También suele ser nulidad el no saber más que una cosa;
el extremo opuesto del defecto reprendido
en la fábula anterior.

EL JILGUERO Y EL CISNE

«Calla tú, pajarillo vocinglero,
—dijo el cisne al jilguero—.
¿A cantar me provocas, cuando sabes
que de mi voz la dulce melodía
nunca ha tenido igual entre las aves?».

El jilguero sus trinos repetía,
y el cisne continuaba: «¡Qué insolencia!
¡Miren cómo me insulta el musiquillo!
Si con soltar mi canto no le humillo,
dé muchas gracias a mi gran prudencia».

«¡Ojalá que cantaras!
—Le respondió por fin el pajarillo—:
¡Cuánto no admirarías
con las cadencias raras
que ninguno asegura haberte oído,
aunque logran más fama que las mías!...».
Quiso el cisne cantar, y dio un graznido.

¡Gran cosa! Ganar crédito sin ciencia,
y perderle en llegando a la experiencia.

Nada sirve la fama, si no corresponden las obras.

EL CAMINANTE Y EL BURRO DE ALQUILER

Harta de paja y cebada
una mula de alquiler
salía de la posada;
y tanto empezó a correr,
que apenas el caminante
la podía detener.

No dudo que en un instante
su media jornada haría;
pero algo más adelante
la falsa caballería
ya iba retardando el paso.
«¿Si lo hará de picardía?...

¡Arre!... ¿Te paras? Acaso
metiendo la espuela... Nada,
mucho me temo un fracaso...

Esta vara, que es delgada...
Menos... Pues este aguijón...
Mas ¿si estará ya cansada?

¡Coces tira... y mordiscón!
¡Se vuelve contra el jinete!...
¡Oh qué corcovo, qué envión!

Aunque las piernas apriete...
Ni por esas... ¡Voto a quién!
Barrabás que la sujete...

Por fin dio en tierra... ¡Muy bien!
¿Y eres tú la que corrías?...
¡Mal muermo te mate, amén!

No me fiaré en mis días
de mula que empiece haciendo
semejantes valentías».

Después de este lance, en viendo
que un autor ha principiado
con altisonante estruendo,
al punto digo: «¡Cuidado!
Tente, hombre, que te has de ver

en el vergonzoso estado
de la mula de alquiler!».

Los que empiezan elevando el estilo, se ven tal vez precisados a humillarle después demasiado.

LA CABRA Y EL CABALLO

Estábase una cabra muy atenta
largo rato escuchando
de un acorde violín el eco blando.
Los pies se le bailaban de contenta;
y a cierto jaco que también suspenso
casi olvidaba el pienso,
dirigió de esta suerte la palabra:
«¿No oyes de aquellas cuerdas la armonía?
Pues sabe que son tripas de una cabra
que fue en un tiempo compañera mía.
Confío ¡Dicha grande! que algún día,
no menos dulces trinos
formarán mis sonoros intestinos».

Se volvió el buen rocín y le respondió:
«A fe que no resuenan esas cuerdas,
sino porque las hieren con las cerdas
que sufrí me arrancase de la cola.
Mi dolor me costó, pasé mi susto,
pero al fin tengo el gusto
de ver que lucimiento

debe a mi auxilio el músico instrumento.
Tú, que satisfacción igual esperas,
¿cuándo la gozarás? Después que mueras».

Así, ni más ni menos, porque en vida
no ha conseguido ver obra aplaudida
algún mal escritor, al juicio apela
de la posteridad, y se consuela.

Hay muchos escritores que se lisonjean fácilmente
de lograr fama póstuma,
cuando no han podido merecerla en vida.

LA ABEJA Y EL CUCLILLO

Saliendo del colmenar,
dijo al cuclillo la abeja:
«Calla, porque no me deja
tu ingrata voz trabajar.

No hay ave tan fastidiosa
en el cantar como tú:
cucú, cucú y más cucú:
y siempre una misma cosa.»
—«¿Te cansa mi canto igual?
(El cuclillo respondió):
pues a fe que no hallo yo
variedad en tu panal.

Y pues que del propio modo
fabricas uno que ciento
si yo nada nuevo invento,
en ti es viejísimo todo».

A esto la abeja replica:
«En obra de utilidad

la falta de variedad
no es lo que más perjudica.

Pero en obra destinada
sólo al gusto y diversión,
si no es varia la invención,
todo lo demás es nada».

La variedad es requisito indispensable
en las obras de gusto.

EL GATO Y EL RATÓN

Tuvo Esopo famosas ocurrencias.
¡Qué invención tan sencilla! ¡Qué sentencias!...

He de poner, pues que la tengo a mano,
una fábula suya en castellano.

«Cierto —dijo un ratón en su agujero—:
No hay prenda más amable y estupenda
que la fidelidad: Por eso quiero
tan de veras al perro perdiguero».
Un gato replicó: «Pues esa prenda
yo la tengo también...». Aquí se asusta
mi buen ratón, se esconde,
y torciendo el hocico, le responde:
«¿Cómo? ¿La tienes tú? Ya no me gusta».

La alabanza que muchos creen justa,
injusta les parece
si ven que su contrario la merece.

«¿Qué tal, señor lector? La fabulilla
puede ser que le agrade y que le instruya».
«Es una maravilla:
dijo Esopo una cosa como suya».
«Pues mire usted: Esopo no la ha escrito:
salió de mi cabeza.» «¿Con que es tuya?»

«Sí, señor erudito:
ya que antes tan feliz le parecía,
critíquenme ahora porque es mía».

Alguno que ha alabado una obra
ignorando quién es su autor,
suele vituperarla después que lo sabe.

EL LOBO Y EL PASTOR

Cierto lobo, hablando con cierto pastor,
«Amigo —le dijo—: yo no sé por qué
me has mirado siempre con odio y horror.
Me tienes por malo, no lo soy a fe.

¡Mi piel en invierno que abrigo no da!
Achaques humanos cura más de mil:
y otra cosa tiene: que seguro está
que la piquen pulgas ni otro insecto vil.
Mis uñas no trueco por las del tejón,
que contra el mal de ojo tienen gran virtud.
Mis dientes, ya sabes cuán útiles son,
y a cuántos con mi unto he dado salud».

El pastor responde: «Perverso animal,
¡maldigo el cielo, te maldigo amén!
Después de que estás harto de hacer tanto mal,
¿qué importa que puedas hacer algún bien?

Al diablo los doy
tantos libros lobos como corren hoy.

El libro que de suyo es malo, no dejará de serlo
porque tenga tal o cual cosa buena.

EL ÁGUILA Y EL LEÓN

El águila y el león
gran conferencia tuvieron
para arreglar entre sí
ciertos puntos de gobierno.

Dio el águila muchas quejas
del murciélago, diciendo:
«¿Hasta cuándo este avechucho
nos ha de traer revueltos?
Con mis pájaros se mezcla,
dándose por uno de ellos;
y alega varias razones,
sobre todo, la del vuelo.
Mas, si se le antoja dice:
—Hocico, y no pico, tengo.
¿Como ave queréis tratarme?
Pues cuadrúpedo me vuelvo.
Con mis vasallos murmura
de los brutos de tu imperio;
y cuando con estos vive,
murmura también de aquellos».

«Está bien —dijo el león—:
Yo te juro que en mis reinos
no entre más». «Pues en los míos,
respondió el águila, menos».

Desde entonces solitario
salir de noche le vemos;
pues ni alados ni patudos
quieren ya tal compañero.

Murciélagos literarios,
que hacéis a pluma y a pelo,
si queréis vivir con todos,
miraos en este espejo.

Los que quieren hacer a dos partidos,
suelen conseguir el desprecio de ambos.

“A tratar de un gravísimo negocio
se juntaron los zánganos un día.
Cada cual varios medios discurría
para disimular su inútil ocio...

Colección
Lima Lee

